

LA RIQUEZA, OBSTÁCULO PARA SEGUIR A JESÚS

Marcos 10, 17-31

Siguiendo a Jesús lo vamos conociendo y, al mismo tiempo descubrimos los rasgos que caracterizan a quien quiera seguirle.

No basta cumplir

Jesús le responde de una forma clara y sencilla: basta con ser honrado, y para ello hay que cumplir los Mandamientos.

Esto es lo que él está haciendo desde joven: cumplir, cumplir y cumplir.

En este momento, Jesús debió percibir en él el deseo de ir más allá del simple cumplimiento, lo mira con cariño y le invita a ser discípulo suyo presentándole la condición fundamental: *"Una cosa te falta: vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que Dios será tu riqueza"*.

Para ser discípulo de Jesús no basta con cumplir los Mandamientos, es necesario hacer una opción. Y ésta no es otra que la primera Bienaventuranza: *"Dichosos los que eligen ser pobres, porque tienen a Dios por Rey"* (Mateo 5, 3). Esta es la opción y la condición fundamental para seguir a Jesús.

El "cumplimiento de los mandamientos" se enmarca en las relaciones amo-siervo, en los contratos de comprador-vendedor.

Por el contrario, hacer algo desde una opción, y por lo tanto, libre, voluntaria y gratuitamente, tiene como marco las relaciones de amigo con amigo. *"Ya no os llamo siervos, os llamo amigos"*, dirá Jesús.

La salvación no se compra

Entonces el hombre se entristeció. Lo que le ofrecía Jesús era demasiado para él, pues tenía muchas posesiones que dominaban su corazón.

Su verdadero dios, a quien realmente sirve, son las riquezas, de las que no puede desprenderse. Entiende la salvación, como una compra-venta.

¡La salvación no se puede comprar!, es algo gratuito que, a quien la acoge, le lleva a vivir en gratuidad.

Por eso continúa diciendo Jesús: *"¿Qué difícil es que los ricos entren en el Reino de Dios!"*, pues quienes viven apegados a las riquezas, difícilmente entienden el lenguaje de la gratuidad, del dar la propia vida sin esperar nada a cambio.

Difícil de comprender

Ante lo ocurrido, los discípulos quedan desorientados, no salen de su asombro, porque, también ellos, confían más en el dinero que ven, que en Dios a quien no ven.

Jesús mantiene la exigencia de la primera Bienaventuranza: para entrar en el Reino de Dios, la esperanza, la confianza, la seguridad han de estar totalmente puestas en Dios. Esto es lo que significa tener a Dios por Rey, ser libres, no ser esclavos de ninguna realidad creada. Aún más, es tener la seguridad de que *"lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios"*.

Hay recompensa

La recompensa para el que apuesta vivir según Jesús se experimenta desde el momento en que se elige tener sólo a Dios por rey.

Es una recompensa gratuita, ya que quien abre el corazón a Dios se lo abre también a los demás. Y quien se enriquece con Dios, se enriquece con los demás.

De pronto, sin esperarlo, nos vemos gratamente sorprendidos por el hecho de que nuestra familia se agranda: *"¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi madre"* (Marcos 3, 33-35).

Nos enriquecemos y, al mismo tiempo, vemos que la familia de Dios abarca el mundo entero.

Es una familia que no conoce la desigualdad en función de posesiones, méritos o rangos. Sólo conoce el servicio y el amor que no puede ser vendido ni pagado.

Todo esto, ¿no es gustar ya aquí la Vida Eterna? Lo es, aunque de un modo aún no perfecto y total, e, incluso, con persecuciones, ya que siempre habrá esclavos de las riquezas a los que no interese que se propague el mensaje de Jesús.

Así se entiende la palabra de Jesús: *"Dichosos vosotros cuando os insulten, os calumnien y os persigan por mi causa. Estad alegres y contentos, que Dios os va a dar una gran recompensa"* (Mateo 5, 11-12).